


Daniel Defoe




EL FANTASMA PROVECHOSO Y OTROS CUENTOS DANIEL DEFOE

Daniel Defoe

# El fantasma provechoso y otros cuentos



**Daniel Defoe**

Daniel Foe, más conocido por su seudónimo Daniel Defoe, nació en Londres el 10 de octubre de 1660. Fue periodista, panfletista y escritor. Esta última profesión lo llevó a ser denominado como el padre de la novela inglesa.

Realiza sus estudios y gracias a su familia, tiene la posibilidad de ser ministro, pero no completa este estudio y decide estudiar finanzas, donde sería reconocido como pionero de la prensa económica. Las deudas que había dejado su madre luego de fallecer evitaron que pueda estar libre para cumplir el sueño de ser dueño de una finca para fabricar perfume, razón por la que es encarcelado. Sin embargo, esta no sería la primera vez que sucedería, ya que su actividad política lo llevaría a escribir diversos panfletos como el camino más corto con los disidentes, por el cual sería llevado para ser juzgado en la picota (la última pena leve para quienes delinquen), pero contradictoriamente quienes lo vieron le lanzaron flores y brindaron por él.

Inicia su labor en la novela escribiendo *The Family Instructor* (1715), un manual de conducta sobre deberes religiosos. Su obra de mayor presencia en la literatura universal se publicó en 1719. *Robinson Crusoe* cuenta el naufragio de un hombre en una isla desierta y las aventuras que vivió en ella. Posteriormente escribiría una serie de cuentos cortos para el público juvenil en donde se trataban temas como piratas, espectros, robos y justicia. La siguiente novela de Defoe fue *Las aventuras del capitán Singleton* (1720). Otra novela importante es *La gran plaga de Londres* (1722). Así mismo, publicó *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders*, considerada la primera gran novela social de la literatura inglesa

Murió en Londres el 26 de abril de 1731 en Moorfields.

*El fantasma provechoso y otros cuentos*
Daniel Foe

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

# *EL FANTASMA PROVECHOSO*

Un caballero rural tenía una vieja casa que era todo lo que quedaba de un antiguo monasterio o convento derruido, y resolvió demolerla aunque pensaba que era demasiado el gasto que esa tarea implicaría. Entonces pensó en una estratagema, que consistía en difundir el rumor de que la casa estaba encantada, e hizo esto con tal habilidad que empezó a ser creído por todos. Con ese objeto se confeccionó un largo traje blanco y con él puesto se propuso pasar velozmente por el patio interior de la casa justo en el momento en que hubiera citado a otras personas, para que estuvieran en la ventana y pudiesen verlo. Ellos eran quienes difundirían después la noticia de que en la casa había un fantasma. Con este propósito, el amo y la esposa y toda la familia fueron llamados a la ventana donde, aunque estaba tan oscuro que no podía decirse con certeza qué era, sin embargo, se podía distinguir claramente la blanca vestidura que cruzaba el patio y entraba por una puerta del viejo edificio. Tan pronto como estuvieron dentro, percibieron en la casa una llamarada que el caballero había planeado hacer con azufre y otros materiales, con el propósito de que dejara un tufo de sulfuro y no solo el olor de la pólvora.

Como lo esperaba, la estratagema dio resultado. Alguna gente fantasiosa, teniendo noticia de lo que pasaba

y deseando ver la aparición, tuvo la ocasión de hacerlo y la vio en la forma en que usualmente se mostraba. Sus frecuentes caminatas se hicieron cosa corriente en una parte de la morada donde el espíritu tenía oportunidad de deslizarse por la puerta hacia otro patio y después hacia la parte habitada.

Inmediatamente se empezó a decir que en la casa había dinero escondido, y el caballero esparció la noticia de que él comenzaría a excavar, seguro de que la gente se pondría muy ansiosa de que así se hiciera. En cambio, no hacía nada al respecto. Se seguía viendo la aparición ir y venir, caminar de un lado para otro, casi todas las noches, y siempre desvaneciéndose con una llamarada, como ya dije, lo cual era realmente extraordinario.

Al fin, alguna gente de la villa vecina, viendo que el caballero daba a la larga o descuidaba el asunto, comenzó a preguntarse si el buen hombre les permitiría excavar, porque sin duda había allí dinero escondido. Pues, si él consentía en que ellos lo cogieran si lo encontraban, excavarían y lo encontrarían aunque tuvieran que excavar toda la casa y tirarla abajo.

El caballero replicó que no era justo que excavaran y tiraran la casa abajo, y que por eso obtuvieran todo lo que encontraran. ¡Eso era muy duro de tragar! Pero que él autorizaba esto: que ellos acarrearían todos los escombros y los materiales que excavaran y aparecían los ladrillos y las maderas en el terreno vecino a la casa, y que a él le correspondería la mitad de lo que encontraran.

Ellos consintieron y comenzaron a trabajar. El espíritu o aparición que rondaba al principio pareció abandonar el lugar, y lo primero que demolieron fue los caños de las chimeneas, lo que significó un gran trabajo. Pero el caballero, deseoso de alentarlos, escondió secretamente veintisiete piezas de oro antiguo en un agujero de la chimenea que no tenía entrada más que por un lado, y que después tapió.

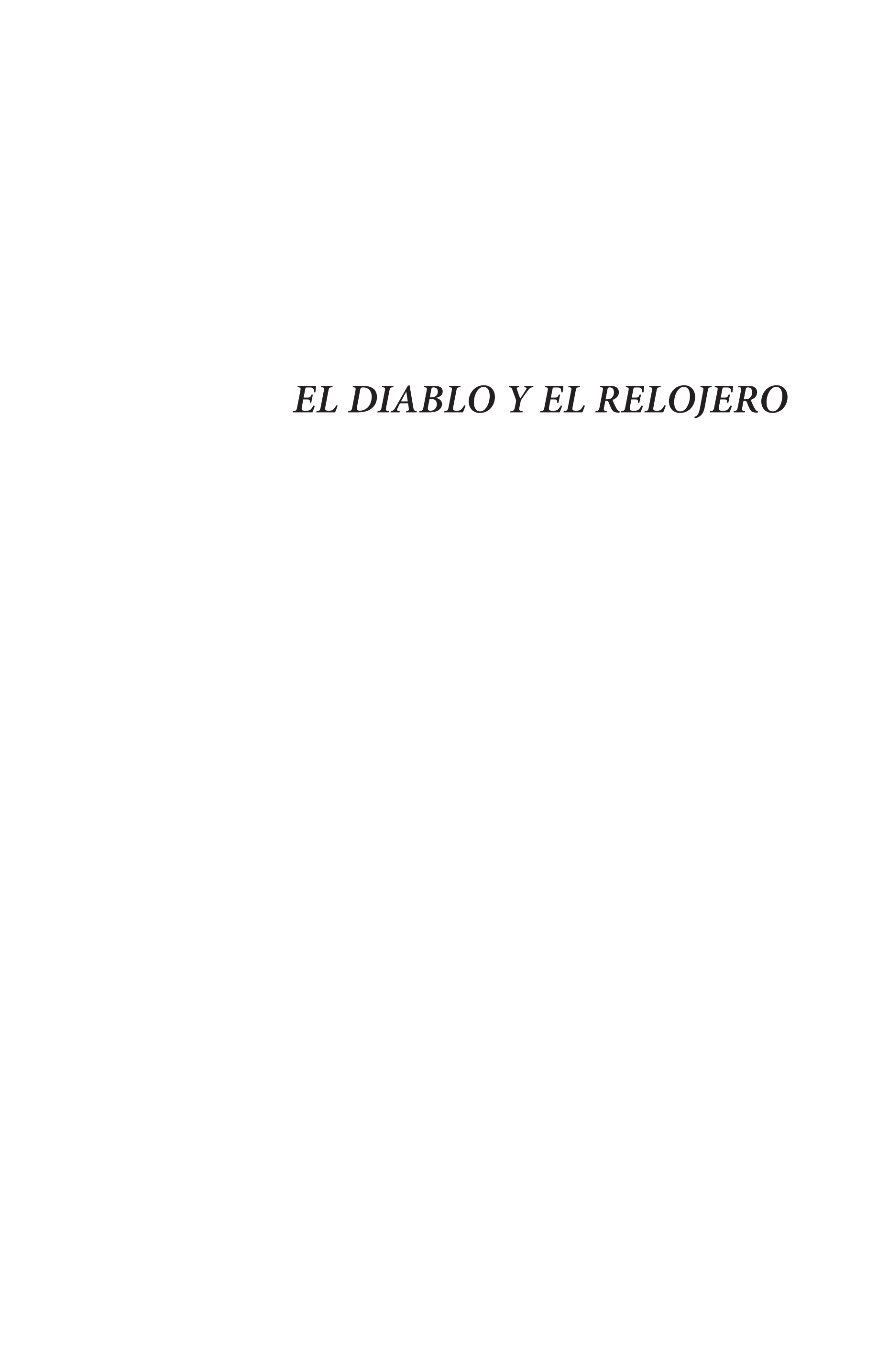
Cuando llegaron hasta el dinero, los ilusos se engañaron totalmente y se maravillaron sin querer razonar. Por casualidad el caballero estaba cerca, pero no exactamente en el lugar, cuando se produjo el hallazgo, cuando lo llamaron. Muy generosamente les dio todo, pero con la condición que no esperara lo mismo de lo que después encontraran.

En una palabra, este mordisco en su ambición hizo trabajar a los campesinos como burros y meterse más en el engaño. Pero lo que más los alentó fue que en realidad encontraron varias cosas de valor al excavar en la casa, las que tal vez habían estado escondidas desde el tiempo en que se había construido el edificio, por ser una casa religiosa. Algún otro dinero fue encontrado también, de modo que la continua expectación y esperanza de encontrar más de tal manera animó a los campesinos, que muy pronto tiraron la casa abajo. Sí, puede decirse que la demolieron hasta sus mismas raíces, porque excavaron los cimientos, que era lo que deseaba el caballero, y que le hubiese demandado gastar mucho dinero.

No dejaron en la casa ni la cueva para un ratón. Pero, de acuerdo con el trato, llevaron los materiales y apilaron la madera y los ladrillos en un terreno adyacente como el caballero lo había ordenado, y de manera muy pulcra.

Estaban tan persuadidos —a raíz de la aparición que caminaba por la casa— de que había dinero escondido ahí, que nada podía detener la ansiedad de los campesinos por trabajar, como si las almas de las monjas y frailes, o quien quiera que fuera que hubiera escondido algún

tesoro en el lugar, suponiendo que estuviera escondido, no pudiera descansar, según se dice de otros casos, o pudiera haber algún modo de encontrarlo después de tantos años, casi doscientos.



# *EL DIABLO Y EL RELOJERO*

Vivía en la parroquia de San Bennet Funk, cerca del mercado real, una honesta y pobre viuda quien, después de morir su marido, tomó huéspedes en su casa. Es decir, dejó libres algunas de sus habitaciones para aliviar su renta. Entre otros, cedió su buhardilla a un artesano que hacía engranajes para relojes y que trabajaba para aquellos comerciantes que vendían dichos instrumentos, según es costumbre en esta actividad.

Sucedió que un hombre y una mujer fueron a hablar con este fabricante de engranajes por algún asunto relacionado con su trabajo. Y cuando estaban cerca de los últimos escalones, por la puerta completamente abierta del altillo donde trabajaba, vieron que el hombre (relojero o artesano de engranajes) se había colgado de una viga que sobresalía más baja que el techo o cielorraso. Atónita por lo que veía, la mujer se detuvo y gritó al hombre, que estaba detrás de ella en la escalera, que corriera arriba y bajar al pobre desdichado.

En ese mismo momento, desde otra parte de la habitación, que no podía verse desde las escaleras, corrió velozmente otro hombre que llevaba un escabel en sus manos. Este, con cara de estar en un grandísimo apuro,

lo colocó debajo del desventurado que estaba colgado y, subiéndose rápidamente, sacó un cuchillo del bolsillo y sosteniendo el cuerpo del ahorcado con una mano, hizo señas con la cabeza a la mujer y al hombre que venía detrás, como queriendo detenerlos para que no entraran; al mismo tiempo mostraba el cuchillo en la otra, como si estuviera por cortar la soga para soltarlo.

Ante esto la mujer se detuvo un momento, pero el hombre que estaba parado en el banquillo continuaba con la mano y el cuchillo tocando el nudo, pero no lo cortaba. Por esta razón la mujer gritó de nuevo a su acompañante y le dijo:

—¡Sube y ayuda al hombre!

Suponía que algo impedía su acción.

Pero el que estaba subido al banquillo nuevamente les hizo señas de que se quedaran quietos y no entrarán, como diciendo: «Lo haré inmediatamente».

Entonces dio dos golpes con el cuchillo, como si cortara la cuerda, y después se detuvo nuevamente. El desconocido seguía colgado y muriéndose en

consecuencia. Ante la repetición del hecho, la mujer de la escalera le gritó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no bajas al pobre hombre?

Y el acompañante que la seguía, habiéndose acabado la paciencia, la empujó y le dijo:

—Déjame pasar. Te aseguro que yo lo haré —y con estas palabras llegó arriba y a la habitación donde estaban los extraños.

Pero cuando llegó allí ¡cielos! el pobre relojero estaba colgado, pero no el hombre con el cuchillo, ni el banquito, ni ninguna otra cosa o ser que pudiera ser vista u oída. Todo había sido un engaño, urdido por criaturas espectrales enviadas sin duda para dejar que el pobre desventurado se ahorque y se expire.

El visitante estaba tan aterrorizado y sorprendido que, a pesar de todo el coraje que antes había demostrado, cayó redondo en el suelo como muerto. Y la mujer, al fin, para bajar al hombre, tuvo que cortar la soga con unas tijeras, lo cual le dio gran trabajo.

Como no me cabe duda de la verdad de esta historia que me fue contada por personas de cuya honestidad me fío, creo que no me dará trabajo convencerlos de quién debía de ser el hombre del banquito: fue el Diablo, que se situó allí con el objeto de terminar el asesinato del hombre a quien, según su costumbre, había tentado antes y convencido para que fuera su propio verdugo. Además, este crimen corresponde tan bien con la naturaleza del Demonio y sus ocupaciones, que yo no lo puedo cuestionar. Ni puedo creer que estemos equivocados al cargar al Diablo con tal acción.

*Nota: No puedo tener certeza sobre el final de la historia; es decir, si bajaron al relojero lo suficientemente rápido como para recobrarse o si el Diablo ejecutó sus propósitos y mantuvo aparte al hombre y a la mujer hasta que fue demasiado tarde. Pero sea lo que fuera, es seguro que él se esforzó demoniacamente y permaneció hasta que fue obligado a marcharse.*

# *EL ESPECTRO Y EL SALTEADOR DE CAMINOS*

Cuenta la historia que Hind, aquel famoso asaltante y proscrito, el más renombrado desde Robin Hood, encontró un espectro en el camino de un lugar llamado Stangatehole, en Huntingdonshire, donde él acostumbraba a cometer sus robos y era famoso desde entonces por sus muchos asaltos.

El espectro se apareció con el traje de un simple ganadero de la zona. Y como el Diablo, como pueden suponer, conocía muy bien los refugios y escondrijos que Hind frecuentaba, vino a la posada y, habiendo tomado cuarto, puso en lugar seguro su caballo y ordenó al posadero que le llevara su maleta, que era muy pesada, a su cámara. Cuando estuvo en ella, abrió el equipaje, tomó el dinero, que estaba distribuido en pequeños envoltorios y colocó todo en más de dos bolsas, que tendrían igual peso a cada lado del caballo, y las hizo tan evidentes como le fue posible.

Las casas que alojan bandidos están pocas veces libres de espías que les proporcionan debida relación de lo que pasa. Hind recibió noticias del dinero, vio al hombre, vio el caballo al que sabía que volvería a ver; averiguó qué camino seguiría; lo encontró en Stangatehole, justo en el

valle entre las dos colinas y lo detuvo diciéndole que debía entregarle la bolsa. Cuando habló de la plata, el ganadero fingió sorprenderse, mostró pánico, tembló atemorizado y con un tono miserable dijo: «¡Como puedes ver yo solo soy un pobre hombre! Por cierto, señor, no tengo dinero». (Ahí mostró el Diablo que podía decir la verdad cuando se presentaba la ocasión).

«¡Ah, perro!» —dijo él—. «¿No tienes dinero? Vamos, aparta tu capa y dame las dos bolsas, esas que están a cada lado de la silla. ¡Qué! ¿No tienes dinero y sin embargo tus bolsas son demasiado pesadas para ponerlas de un solo lado? ¡Vamos, termina o te cortaré en pedazos en este mismo momento!».

(Aquí se puso fuera de sí, y lo amenazó de la peor manera que pudo).

Bien, el pobre Diablo lloraba y le decía que debía estar equivocado; que lo había tomado por otro hombre, seguro, porque realmente él no tenía dinero.

«¡Vamos, vamos!» —dijo Hind—. «¡Ven conmigo!» Entonces tomó el caballo por la rienda y lo sacó fuera del sendero, hacia el bosque, que es muy oscuro en

aquel lugar, porque el negocio era demasiado largo para quedarse en el camino durante todo el tiempo que durará.

Cuando estuvo en el bosque, «¡Vamos, señor ganadero» —ordenó—, «desmonta y dame las bolsas al instante!». En suma, hizo bajar al pobre hombre, le cortó las riendas y la cincha y abrió la alforja donde encontró las dos bolsas.

«Muy bien» —dijo—. «Aquí están y tan pesadas como antes». Las arrojó al suelo, las cortó para abrirlas; en una encontró una cuerda y en la otra una pieza de latón maciza con la forma exacta de una horca. Y el ganadero, detrás de él exclamó: «He aquí tu destino, Hind. ¡Ten cuidado!».

Si él se sorprendió por lo que encontró en las bolsas —pues no había ni un cuarto de penique en la alforja donde estaba la cuerda—, más se sorprendió cuando oyó al ganadero llamarlo por su nombre, y se volvió para matarlo porque creyó que lo había reconocido. Pero se quedó sin aliento y sin vida cuando, volviéndose (como ya dije) para matar al hombre, no vio nada sino el pobre caballo.

Yo insinúo que no había allí más dinero que una moneda, y que la historia dice era escocesa: una pieza llamada allí de catorce peniques y en Inglaterra de trece y medio. De donde se supone que, desde entonces y hasta nuestros días, se dice que trece peniques y medio es el salario del verdugo.

# *EL FANTASMA ACUSADOR*

Escuché una historia, que creo verdadera, de cierto hombre a quien llevaron a la corte de justicia bajo sospecha de asesinato, la cual, sin embargo, sabía él que no había poder humano capaz de comprobar. Cuando llegó a declarar alegó no ser culpable y la corte comenzó a perderse en búsqueda de pruebas, pero solo descubrieron sospechas y circunstancias aparentemente verdaderas. Sin embargo, teniendo, como tenían, testigos, los examinaron como es de costumbre, de pie sobre un pequeño escalón, para que fueran visibles ante toda la sala.

Cuando el tribunal pensó que ya no tenía más testigos para examinar y que pronto el hombre sería liberado, este hizo un brusco movimiento hacia el tribunal, como si estuviera asustado. Pero, recobrando su compostura, estiró un brazo hacia el lugar donde los testigos se ponen de pie para dar su testimonio en los juicios y, señalando con la mano, dijo en voz alta:

—Señor, ¡esto no es justo! Esto no está de acuerdo con la ley. Ese no es un testigo legal.

La corte estaba atónita y no podía entender qué quería decir el acusado. Pero el juez, un hombre de mayor

penetración, aceptó la insinuación y conteniendo a uno del tribunal que estaba por hablar y que tal vez haría entrar en razón al hombre, dijo:

—¡Silencio! Este hombre ve algo que nosotros no vemos. Empiezo a entenderlo. —Y después, hablándole al prisionero preguntó— ¿Por qué no es un testigo legal? Yo creo que la corte le permitirá testimoniar con todo derecho cuando venga a declarar.

—¡Oh, Señoría! No es justo. No puede permitírselo —dijo el prisionero, con una confusa ansiedad en su semblante que mostraba tener un corazón audaz, pero una conciencia culpable.

—¿Por qué no, amigo? ¿Qué razones das para ello? —preguntó el juez.

—Su Señoría, no puede permitir a ningún hombre ser testigo de su propio caso. Él es parte, señor, no puede ser testigo.

—Nos convocas —dijo el juez—, porque tú estás acusado en nombre del Rey, y el hombre puede ser testigo del Rey, como en el caso de un asalto en un

camino; nosotros siempre admitimos que la persona asaltada es testigo legal: sin esto ningún salteador podría ser convicto. Pero oiremos lo que tiene que decir cuando sea examinado.

Así habló el juez, con tal gravedad y de manera tan sencilla y natural, que el criminal contestó:

—Bien, si le permite que él sea testigo legal, entonces yo soy hombre muerto.

Dijo las últimas palabras con voz más baja que el resto, pero sin pedir una silla para sentarse. La corte ordenó que le trajeran asiento, pues si no lo hubiese tenido se hubiera desplomado sobre la plataforma. Cuando se sentó, todos observaron que mostraba gran consternación y que levantaba las manos repetidas veces, pronunciando una y otra vez las palabras «hombre muerto, hombre muerto».

El juez se sentía algo perdido, sin saber cómo actuar, y toda la corte parecía sumida en una extraña perplejidad, aunque nadie veía otra cosa que el hombre en el estrado.

Al fin el juez le dijo:

—Mirad, Mr... —llamándolo por su nombre—. Solo conozco un camino para usted y lo leeré en las Escrituras.

Y así, pidiendo la Biblia, buscó el libro de Josué y leyó el versículo VII:19: Y Josué dijo a Acán: Hijo mío, da gloria al Señor Dios de Israel, y confiesa y declárame qué has hecho: no lo encubras.

Ante esto el criminal auto condenado estalló en lágrimas y tristes lamentaciones por su miserable condición, e hizo una confesión completa de su crimen. Y cuando lo hizo, dio la siguiente relación de su caso y las razones que tenía para estar bajo la influencia de tal sorpresa y presión: que él había visto a su víctima de pie en el estrado de los testigos, lista para ser interrogada en contra de él y dispuesta a mostrar el cuello que el prisionero le había cortado; y según dijo, contemplándolo de lleno con un terrible contingente. Esto lo sumió en confusión, como bien podría suponerse, y sin embargo no hubo real aparición ni espectro ni fantasma ni trasgo. Todo había sido figurado por la fuerza de su propia culpa y la agitación de su alma exaltada y sorprendida por influjo de la conciencia.

# *LA APARICIÓN DE MRS VEAL*

Este asunto es tan extraño en todas sus circunstancias y lo sé de fuentes tan autorizadas, que jamás lectura o conversación me proporcionó sensaciones semejantes.

Mrs. Bargrave, que es a quien se apareció Mrs. Veal después de muerta, es íntima amiga mía, y durante los quince o dieciséis últimos años ha mostrado una conducta intachable y normalísima; sin embargo, desde que hizo este relato, ha sido muy criticada por los amigos del hermano de Mrs. Veal, quienes creen que esta aparición es pura invención suya, intentando por todos los medios desacreditar y ridiculizar su narración.

Conviene saber que Mrs. Veal era una solterona de unos treinta años de edad, que durante algún tiempo padeció ataques. La mantenía su único hermano y tenía una casa en Dover. Era íntima amiga de Mrs. Bargrave desde su niñez. Los recursos de Mrs. Veal eran por entonces bastante medianos; su padre tenía a sus hijos casi abandonados y estaban estos expuestos a toda clase de penalidades. El padre de Mrs. Bargrave vivía todavía y, pese a ser un hombre muy violento a ella no le faltaban alimentos ni ropa, mientras que Mrs. Veal carecía de ambas cosas. Por ello, una de las obligaciones que se

imponía Mrs. Bargrave era proporcionar a su amiga toda la amistad y el consuelo posible, lo que hizo que Mrs. Veal le tomase gran afecto, y acostumbraba decirle:

—No solo eres la mejor, sino la única amiga que tengo en el mundo, y ninguna circunstancia de la vida podrá romper mi amistad.

Solían condolerse de sus respectivas desgracias, y juntas leían *Drelincourt upon Death* y otros buenos libros. Algún tiempo después, unos amigos de Mrs. Veal le consiguieron a esta un empleo en la aduana de Dover, que trajo en consecuencia que Mrs. Veal fuese enfriando poco a poco su relación con Mrs. Bargrave, si bien nunca llegaron a tener nada parecido a una ruptura; pero la indiferencia aumentó gradualmente hasta que, por último, Mrs. Bargrave, que vivía en Canterbury, llegó a estar durante dos años y medio sin noticias de su amiga.

El ocho de septiembre último (año 1705), Mrs. Bargrave estaba sentada sola, cosiendo y pensando en su infortunada vida cuando oyó un golpe en la puerta. Fue a ver quien era y se encontró con su antigua amiga, Mrs. Veal, que venía vestida de viaje. En ese momento el reloj dio las doce de la mañana.

—Estoy sorprendida de verte —dijo Mrs. Bargrave—. Hace mucho tiempo que no quieres nada conmigo.

Añadió que estaba muy contenta de volver a verla y se acercó para darle un beso. Mrs. Veal se inclinó hasta que sus labios casi se juntaron, pero, entonces, poniéndose una mano en la frente, murmuró:

—No me encuentro muy bien— y así eludió el beso. Después, dijo a Mrs. Bargrave que se disponía a emprender un viaje y que había querido verla antes de partir.

—Pero —dijo Mrs. Bargrave—, ¿cómo haces el viaje sola? Me sorprende mucho, teniendo, como tienes, un hermano tan amable.

—¡Oh! Rehuí su compañía y vine acá porque tenía grandes deseos de veros antes de emprender el viaje.

Mrs. Bargrave la condujo a una estancia contigua, y Mrs. Veal se sentó en un sillón.

—Mi querida amiga —dijo Mrs. Veal—, he venido a renovar nuestra vieja amistad y te pido perdón por haberla interrumpido.

—Oh, no digas eso. La cosa ha carecido de importancia. Puedo perdonarte con suma facilidad.

—¿Qué piensas de mí? —dijo Mrs. Veal.

Contestó Mrs. Bargrave:

—Pensaba que eras como el resto del mundo y que, en la prosperidad, me habías olvidado.

Mrs. Veal, entonces, recordó lo bondadosa que Mrs. Bargrave había sido con ella en años anteriores, y también cuando juntas leían *Drelincourt upon Death*.

—Mrs. Bargrave —dijo—, ¿crees que estoy peor de mis ataques?

—No —dijo Mrs. Bargrave—. Pareces estar como siempre.

Esta conversación duró más de una hora y, al final, Mrs. Veal preguntó a su amiga si quería escribirle una carta, una carta para su hermano. Quería decirle que sus sortijas debían ser repartidas, y que diese dos doblones de oro, de una bolsa que había en su cuarto, a su primo Watson.

Mientras hablaba apresuradamente, se pasaba la mano con frecuencia por la frente, y Mrs. Bargrave supuso que, sin duda, se avecinaba uno de sus ataques. Por esta razón se sentó frente a ella en una silla, para impedir que cayera al suelo si le daba. Y, para distraer la atención de su amiga, se entretuvo en alabar la hechura de su traje, tomando en sus manos una de las mangas del vestido. Mrs. Veal dijo que estaba hecho de una seda especialmente trabajada; pero luego hizo constar que Mrs. Bargrave no le había contestado a su petición de que escribiese a su hermano.

—Pero —dijo esta— seguramente sería mejor que lo hicieras tú misma.

—No; aunque ahora te parezca una impertinencia, ya verás más adelante como tengo mis razones.

Después, Mrs. Veal le preguntó por su hija. Mrs. Bargrave contestó que no estaba en casa.

—Pero si quieres verla, mandaré por ella.

—Muy bien —dijo Mrs. Veal.

Salió Mrs. Bargrave y fue a casa de una vecina para mandarle el recado; al cabo de un rato volvió y se

encontró con que Mrs. Veal estaba ya en la puerta de la calle, dispuesta a marcharse en cuanto volviese ella. Mrs. Bargrave le preguntó porque tenía tanta prisa, y Mrs. Veal dijo que tenía que marcharse en aquel momento, aunque quizá no pudiera emprender el viaje hasta el lunes siguiente; a lo que Mrs. Bargrave respondió que esperaba poder verla otra vez en casa de su primo Watson antes de que se marchara a donde quiera que fuese. Mrs. Veal dijo que en vista de eso no se despediría ahora de ella, y se separó de Mrs. Bargrave, quien la siguió con la vista hasta que desapareció por un recodo de la calle, siendo entonces las dos menos cuarto de la tarde del ocho de septiembre.

Mrs. Veal había muerto el siete de septiembre, a mediodía, resultado de un ataque. Es decir, el día antes de su visita a Mrs. Bargrave. Al día siguiente de su aparición, que había tenido lugar el sábado, Mrs. Bargrave estuvo indispuesta, con un ligero catarro y dolor de garganta; pero el lunes por la mañana envió una persona a casa del capitán Watson para saber si Mrs. Veal estaba allí. En casa del capitán se extrañaron de la pregunta y le mandaron contestación de que allí no estaba. Al recibirla, Mrs. Bargrave, pese a estar enferma, se arregló, se puso

el sombrero y fuese en persona a casa del capitán Watson para ver si su amiga estaba o no estaba allá. En casa del capitán Watson le dijeron que les había extrañado su pregunta, pues estaban seguros de que, si Mrs. Veal hubiese estado en la ciudad, no habría dejado de ir allí. Mrs. Bargrave indicó:

—El sábado estuvo conmigo casi dos horas.

Le respondieron que aquello era imposible y, mientras lo discutían, llegó el capitán Watson en persona con la triste noticia de que Mrs. Veal había muerto y estaban imprimiendo ya sus esquelas.

Extrañamente sorprendida, Mrs. Bargrave acudió a las personas encargadas de hacerlo y comprobó que era verdad. Al volver, contó toda la historia a la familia Watson.

—Llevaba puesto un vestido de rayas y me dijo que era de una seda especial.

—¡La has visto, indudablemente! —exclamó la esposa del capitán Watson—, pues nadie más que Mrs. Veal y yo sabíamos esos detalles del vestido y de la seda. Lo has

descrito perfectamente; puedo decirlo, ya que yo la ayudé a confeccionarlo.

Mrs. Watson proclamó el hecho por toda la ciudad, afirmando que a Mrs. Bargrave se le había aparecido realmente el espectro de Mrs. Veal.

Debía haber dicho antes que Mrs. Veal había comunicado a su amiga que su hermano y su cuñada acababan de llegar de Londres para visitarla.

—¿Y cómo has venido aquí, dejándolos abandonados allí? —había preguntado Mrs. Bargrave.

—No podía dejar de hacerlo —contestó Mrs. Veal enigmáticamente.

Y efectivamente, su hermano y su hermana habían ido a verla, pero cuando llegaron a la ciudad de Dover, Mrs. Veal había expirado ya.

Durante todo el tiempo que estuve con Mrs. Bargrave mientras me contaba la extraña historia —varias horas—, no cesó de recordar detalles de su reciente conversación con Mrs. Veal. Y que otra cosa importante le había

dicho esta: que el viejo señor Bretton le había concedido una pensión de diez libras al año, lo cual no sabía Mrs. Bargrave antes de que ella se lo contara.

Mrs. Bargrave nunca introduce la menor variación en el relato de su aventura, lo cual confunde a quienes dudan de su veracidad o no se sienten inclinados a creerla. Sin embargo, el hermano de Mrs. Veal hace lo posible por ocultar la historia, y algunos de sus amigos corren la voz de que es una embustera, y que ya conocía lo de las diez libras anuales que le concedió el señor Bretton. Pero precisamente el que propaga estas noticias es quien tiene fama, entre gentes de reputación intachable, de ser un redomado embustero.

No conozco los motivos por los que el hermano de Mrs. Veal cree que este relato es una pura invención —como ya he dicho, se esfuerza en ocultarlo a los demás—, ya que el único fin de la aparición consistió en pedir perdón a Mrs. Bargrave por el enfriamiento de su amistad y alentarla con bondadosas palabras.

Pero para suponer que Mrs. Bargrave pudiera haber urdido una historia como esta, sería preciso considerarla más inteligente, maliciosa y más miserable también de lo

que podría conceder cualquier persona imparcial.

—Yo no daría un penique porque alguien creyese mi historia, y si no fuese porque accidentalmente ya ha salido a la luz, nunca le habría dado publicidad.

El asunto me ha afectado mucho, y estoy tan convencido de su veracidad como de las de los hechos más positivos. Y me parece estúpido que se niegue un hecho positivo solo porque haya ciertas cosas en el que no se puedan explicar racionalmente; la autoridad y sinceridad de Mrs. Bargrave no habrían sido puestas en duda en ningún otro caso.

*AVERY, EL PIRATA AFORTUNADO*

Ninguno de estos atrevidos aventureros dio tanto que hablar, durante algún tiempo, como Avery, quien produjo tanto revuelo como ahora Meriveis, y fue tenido por persona de gran importancia; en Europa se decía que había llegado a erigirse a la dignidad de rey, y que sin duda era fundador de una nueva monarquía; que había apresado, según se decía, inmensas riquezas, y casado con la hija del gran mongol, a la que había cogido en un barco indio que cayó en sus manos, y que había tenido de ella muchos hijos, viviendo con gran realeza y pompa; que construyó fuertes, erigió almacenes y fue dueño de una poderosa escuadra de barcos, tripulada por gentes hábiles y desesperadas de todas las naciones; que ordenaba comisiones en su propio nombre a los capitanes de sus barcos y a los comandantes de sus fuertes, y era reconocido por ellos como su príncipe. Se escribió una obra dramática sobre él, titulada *Succesful Pyrate*, y todos estos relatos obtuvieron tal crédito que fueron presentados al Consejo varios proyectos para armar una escuadra para prenderle, mientras otros se inclinaban por ofrecerle a él y a sus compañeros un edicto de gracia e invitarlos a regresar a Inglaterra con todos sus tesoros, no fuese que su creciente poderío entorpecieran el comercio de Europa con las Indias Orientales.

Sin embargo, todo esto no eran sino falsos rumores, aumentados por la credulidad de algunos y el humor de otros, que gustaban de contar cosas extrañas; pues mientras se decía que aspiraba a una corona, andaba sin un chelín; y por el mismo tiempo en que contaban que poseía prodigiosas riquezas en Madagascar, se moría de hambre en Inglaterra.

Indudablemente, el lector tendrá curiosidad por saber qué pasó con este hombre, y cuál era el fundamento de tantos falsos relatos sobre él; así que, de la manera más breve posible, referiré su historia.

Nació en el oeste de Inglaterra, cerca de Plymouth, en Devonshire; siendo educado para la mar, sirvió como piloto en un mercante durante varios viajes comerciales: sucedió que antes de la paz de Ryswick (1697), en que se firmó una alianza entre España, Inglaterra, Holanda, etc., contra Francia, los franceses de la Martinica hacían contrabando con los españoles del continente en la parte del Perú, cosa que por las leyes de España no está permitido a los amigos en tiempos de paz, pues nadie sino los españoles de nacimiento están autorizados a traficar en aquellas regiones, ni pisar tierra, sin exponerse

en todo momento a ser detenidos y llevados prisioneros, por lo que mantienen constantemente ciertos barcos vigilando la costa, de los llamados guardacostas, con orden de apresar a toda embarcación que sorprendan dentro de las cinco leguas de la costa. Ahora bien, como los franceses se habían vuelto muy atrevidos en el comercio y los españoles andaban escasos de barcos, no siendo de ninguna fuerza los que tenían, sucedía a menudo que cuando descubrían a los contrabandistas franceses, no eran lo bastante fuertes para atacarlos; así que España decidió alquilar dos o tres poderosos barcos extranjeros para su servicio; al saberse esto en Bristol, algunos mercaderes de esta ciudad armaron dos barcos de treinta y pico cañones, con 120 hombres cada uno, bien provistos de vituallas y munición y todos los demás pertrechos; y habiéndose acordado el precio por ciertos agentes para España, se les ordenó zarpar rumbo a la Coruña (la Groine), a fin de recibir órdenes y tomar a bordo a determinados caballeros españoles, que debían ir como pasajeros a Nueva España.

De uno de estos barcos, que según tengo entendido se llamaba Duke y estaba mandado por el capitán Gibson, era primer piloto Avery, individuo de más astucia que

valentía, quien se captó la buena disposición de varios de los sujetos más atrevidos que iban a bordo del otro barco, así como de los que tripulaban el suyo, y habiendo sondeado sus inclinaciones antes de franquearse, y hallándose favorables para su plan, les propuso finalmente huir con el barco, contándoles las grandes riquezas que podían alcanzar en la costa de la India; no bien lo hubo sugerido, lo aceptaron, y resolvieron ejecutar dicha conspiración a las diez de la noche siguiente.

Debo indicar que el capitán era enormemente adicto a la bebida, de modo que se pasaba casi todo el tiempo en tierra, en alguna pequeña taberna. Este día no bajó a tierra como de costumbre; sin embargo, esto no malogró el plan, pues tomó su dosis a bordo y se fue a dormir antes de la hora acordada para el negocio: los hombres que no estaban en el secreto se metieron en sus *coys* también, no quedando en cubierta más que los conspiradores, quienes, efectivamente, eran la gran mayoría de la tripulación del barco. En el momento convenido, apareció la lancha del *Duchess*, y al saludarla Avery de la manera usual, le contestaron los hombres que iban en ella: «¿Está el borrachín de nuestro contramaestre a bordo?», lo cual era la contraseña convenida entre ellos, y al replicar

Avery en sentido afirmativo, subieron a bordo los de la lancha, dieciséis hombres fornidos que se unieron a su compañía.

Cuando nuestra gente vio que todo estaba despejado, cerraron firmemente los cuarteles de las escotillas y pusieron en práctica el plan; no subieron el ancla, sino que la izaron pausadamente, y salieron a la mar sin confusión ni alboroto, aunque había varios barcos fondeados en la bahía, entre ellos una fragata holandesa de cuarenta cañones, a cuyo capitán se le ofreció una gran recompensa para que saliese tras él; pero Mynheer, que quizá no habría deseado que le tratasen de ese modo a él, no se dejó convencer para dar tal trato a otro, y así, dejó que Mr. Avery prosiguiera su viaje a donde tuviera intención.

El capitán, que a todo esto se había despertado, bien por el movimiento del barco, bien por el trabajo de los aparejos, hizo sonar la campana; Avery y otros dos entraron en el camarote; el capitán, medio dormido, y presa de una especie de sobresalto, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Avery le contestó fríamente:

—Nada.

El capitán replicó:

—Algo pasa en el barco, ¿navega? ¿Qué tiempo hay? —no pensando sino que se había levantado temporal y que el barco había perdido las anclas.

—No, no —contestó Avery— estamos en alta mar, con viento suave y buen tiempo.

—¡En alta mar! —exclamó el capitán—, ¿cómo es eso?

—Vamos —respondió Avery—, no se asuste; póngase sus ropas y le contaré el secreto: debes saber que soy yo el capitán de este barco, y que este es mi camarote, así que debes salir, y voy a Madagascar, con el propósito de hacer mi propia fortuna y la de todos los valerosos compañeros que se han unido a mí.

Habiendo recobrado un poco sus sentidos el capitán, empezó a comprender el significado; sin embargo, su miedo era tan grande como antes; al darse cuenta Avery, le dijo que no temiese nada:

—Pues si tienes intención de unirse a nosotros, los acogeremos, y si dejas de beber y no te metes en lo que no te importa, tal vez con el tiempo te nombre uno de mis lugartenientes; si no, hay un bote al costado, con el que puedes volver a tierra.

El capitán se alegró al oír esto, y aceptó el ofrecimiento; y siendo llamada toda la tripulación, para saber quiénes deseaban regresar a tierra con el capitán y quiénes buscar fortuna con el resto, no fueron más de cinco o seis los que desearon abandonar esta empresa; así que los pusieron inmediatamente en el bote con el capitán y les dejaron que se dirigieran a tierra lo mejor que pudiesen.

Prosiguieron el viaje a Madagascar, pero pese a que no apresaran ningún barco durante el trayecto; cuando llegaron a la parte noreste de esta isla, descubrieron dos balandras fondeadas, las cuales, al verles, soltaron el cable, se dirigieron a tierra y desembarcaron todos los hombres, que se ocultaron en el bosque; eran estas dos balandras huidas de las Antillas; y al ver a Avery supusieron que se trataba de una fragata enviada para detenerles, de modo que, al no tener fuerza para presentar batalla, hicieron lo posible por salvarse.

Adivinó Avery dónde estaban, y envió a algunos de sus hombres a tierra para hacerles saber que eran amigos y proponerles que se uniesen a ellos por la común seguridad; los hombres de las balandras estaban bien armados, y se habían apostado en el bosque, con centinelas en el lindero, para observar si desembarcaron hombres para perseguirlos, y al ver que solo eran dos o tres los que venían a ellos, y sin armas, no se opusieron, sino que al darles el alto y contestar ellos que eran amigos, les dejaron llegar adonde estaba el grueso y entregar el mensaje; al principio creyeron que se trataba de una estrategia para atraerles a bordo, pero cuando los embajadores propusieron que el propio capitán y cuanta tripulación dijesen se reuniese con ellos en tierra sin armas, se convencieron de que hablaban en serio, y pronto confiaban unos en otros, bajando a tierra los de a bordo y subiendo algunos de los de tierra.

Los hombres de las balandras se alegraron de esta nueva alianza, pues sus embarcaciones eran tan pequeñas que no podían atacar a un barco de alguna fuerza, de manera que hasta aquí no habían cogido ninguna presa de consideración; pero ahora esperaban lanzarse a la caza mayor, y Avery se alegró asimismo de este reclutamiento,

que les reforzaba para cualquier valerosa empresa, y aunque el botín de cada uno quedaría disminuido, al dividirse en tantas partes, encontró un medio de que no le afectase a él, como se verá en su momento.

Habiendo consultado qué debía hacerse, decidieron zarpar y efectuar un viaje juntos, el barco y las balandras; así que se dispusieron a sacar las balandras, lo que no tardaron en conseguir, y pusieron proa a la costa arábiga; cerca del río Indo, el hombre de la cofa avistó una vela, a la que dieron caza, y al aproximarse descubrieron que se trataba de un barco de alta arboladura, por lo que supusieron que podía ser un buque indo oriental holandés que iba de regreso; pero resultó ser una presa aún mejor; cuando le dispararon para obligarlo a ponerse al pairo, alzó los colores del mogol y pareció prestarse a la defensa; Avery solo cañoneó a cierta distancia, y algunos de sus hombres empezaron a sospechar que no era el héroe por quien le habían tomado; sin embargo, las balandras aprovecharon ese tiempo, y viniéndose una por la serviola y otra por la aleta, trincaron la borda y subieron, a lo cual arrió bandera inmediatamente, y se rindió; era uno de los propios barcos del gran mogol, y había en él varios de los más altos personajes de su corte,

entre quienes se dice que estaba una de sus hijas, que iba en peregrinación a La Meca, lugar que los mahometanos se consideran obligados a visitar una vez en la vida, y llevaban consigo ricas ofrendas que presentar en el sepulcro de Mahoma. Se sabe que las gentes orientales viajan con la mayor magnificencia, de modo que llevaban consigo a todos sus esclavos y criados, sus ricos atuendos y joyas, con vasijas de oro y plata, y grandes sumas de dinero para sufragar los gastos de su viaje por tierra; así que no es fácil de evaluar el botín tomado a esta presa.

Habiendo trasladado todo el tesoro a bordo de sus propios barcos, la dejaron ir, y dado que no le era posible ya proseguir su viaje, regresó; tan pronto como llegó la noticia al mogol, y supo este que eran ingleses quienes les habían robado, tronó grandes amenazas, y dijo que enviaría un poderoso ejército a sangre y fuego, que extirpase a los ingleses de todos los asentamientos de la costa india. La compañía indo oriental inglesa se alarmó enormemente; sin embargo, poco a poco, hallaron el medio de apaciguarle, prometiéndole hacer todos los esfuerzos por apresar a los ladrones y ponerlos en sus manos; no obstante, el enorme revuelo que esto produjo en Europa, así como en la India, dio ocasión a todas las

historias románticas que surgieron en torno al poderío de Avery.

Entretanto, nuestros brillantes saqueadores acordaron dirigirse nuevamente a Madagascar, con intención de hacer de ese lugar el almacén o depósito de todo el tesoro, construir allí una pequeña fortificación y dejar a unos cuantos hombres en tierra para que lo cuidasen y defendiese de cualquier ataque de los nativos; pero Avery rechazó definitivamente este proyecto y lo consideró totalmente innecesario

Mientras seguían este mismo rumbo que se ha dicho, envió un bote a cada una de las balandras, con el ruego de que viniesen sus jefes a su bordo, a fin de celebrar un consejo; así lo hicieron, y les dijo que tenía que proponerles algo en pro del bien común, que consistía en prevenirse de cualquier accidente; les dijo que pensaran si el tesoro que poseían sería suficiente para todos y si podían guardarlo en algún lugar de la costa; por tanto, todo lo que debían temer era alguna desventura en el viaje; les pidió que consideraran las consecuencias si llegaban a separarse por mal tiempo; que cualquiera de las balandras podía toparse con algún barco de fuerza y

ser apresada o hundida, perdiendo su tesoro para el resto; eso si no sufría alguno de los comunes accidentes de la mar; en cuanto a él, era tan fuerte que podía enfrentar a su gente con cualquier barco que quisiera abordar en estos mares; que si se topaba con uno de fuerza tal que no lo pudieran apresar, tampoco podría ser apresado él, por estar muy bien tripulado; además, su barco era muy marinero, y podía forzar la vela; por tanto, les proponía trasladar el tesoro a su bordo, sellar cada cofre con tres sellos, de los que cada cual tendría uno, y luego acordar una cita, en caso de que se separasen. Tras deliberar sobre esta proposición, pareció tan razonable a todos ellos que accedieron a hacerlo de buen grado, pues se dijeron a sí mismos que podía suceder cualquier accidente a una de las balandras, y escapar la otra, de modo que era por el bien común. Lo hicieron tal como habían convenido: trasladaron el tesoro a bordo de Avery y sellaron los cofres; siguieron juntos ese día y el siguiente, siendo el tiempo bueno; entretanto, Avery habló a sus hombres, y les dijo que ahora tenían bastante para vivir todos con comodidad, y que nada les impedía marcharse a algún país donde no fuesen reconocidos y vivir en tierra el resto de sus días, en medio de la abundancia; entendieron lo que quería decir y, en suma, convinieron en traicionar a

sus nuevos aliados, los hombres de las balandras; no sé de ninguno que sintiese la más mínima mordedura del honor en el estómago, que le impidiese consentir en este acto de traición. En resumen, pusieron otro rumbo y por la mañana los habían perdido de vista.

Dejo al lector que imagine los juramentos y la confusión que tuvo lugar entre los hombres de las balandras, por la mañana, cuando vieron que Avery se había largado; pues sabían por lo bonancible del tiempo y el rumbo que habían acordado, que solo se debía a un propósito: pero les dejaremos de momento para seguir a Mr. Avery.

Después de deliberar Avery y sus hombres sobre qué hacer, tomaron la resolución de emprender rumbo hacia América, y dado que ninguno de ellos era conocido en aquella parte, decidieron repartir el tesoro, cambiar de nombre, desembarcar unos en un lugar y otros en otro, comprar alguna tierra y darse la buena vida. La primera tierra que avistaron fue la isla de Providence, entonces recientemente colonizada; aquí permanecieron algún tiempo, y considerando que cuando tuvieran que ir a Nueva Inglaterra el tamaño del barco suscitará muchas

preguntas, y puede que alguna gente de Inglaterra, que hubiese oído la historia del barco secuestrado en Groine, sospecharse que eran ellos los autores, tomaron la decisión de deshacerse del barco en Providence: con que fingió Avery que había sido aparejado en corso y que, al no tener éxito alguno, había recibido órdenes de sus armadores de venderlo lo más ventajosamente posible; encontró pronto comprador, y, seguidamente, compró una balandra.

En esta balandra embarcó con su compañía, tocaron varios lugares de América, donde nadie sospechó de ellos, y algunos desembarcaron y se dispersaron por el país, después de recibir la parte que Avery quiso darles; pues les ocultaba la porción más grande de los diamantes, a la que en la primera confusión del saqueo del barco no dieron mucha importancia al ignorar su valor. Finalmente, llegó a Boston, Nueva Inglaterra, y pareció tener deseos de asentarse en esa parte, y algunos compañeros desembarcaron también; pero cambió de parecer, y propuso a los pocos que le quedaban dirigirse a Irlanda, a lo que accedieron. Encontró que Nueva Inglaterra no era lugar apropiado para él, dado que gran parte de su riqueza estaba en diamantes, y de haberlos

sacado allí a la luz, habría sido detenido con toda certeza como sospechoso de piratería.

En su viaje a Irlanda evitaron el Canal de San Jorge, y navegando hacia el norte, entraron en uno de los puertos norteños de ese reino; allí vendieron la balandra, desembarcaron y se separaron, yendo unos a Cork y otros a Dublín, dieciocho de los cuales obtuvieron después el perdón del R. Williams. Cuando Avery llevaba ya algún tiempo en este país, tuvo miedo de vender los diamantes, no fuese que al preguntarle el modo de obtenerlos tuvieran ocasión de descubrirlo; así que deliberando consigo mismo qué sería lo mejor, se le ocurrió que había ciertas personas en Bristol en quienes podía arriesgarse a confiar; por lo que resolvió cruzar a Inglaterra; así lo hizo, y yendo a Devonshire, envió recado a uno de estos amigos para que se reuniese con él en un pueblo llamado Biddeford; después de ponerse en contacto con su amigo, y deliberar con él sobre el medio de vender sus efectos, acordaron que el método más seguro sería ponerlos en manos de ciertos mercaderes, quienes, siendo hombres de riqueza y reputación en el mundo, no darían lugar a ninguna investigación sobre el modo como llegaron a ellos; diciéndole este amigo que era muy íntimo de

algunos que serían las personas idóneas para tal fin, y que si les daba una buena comisión, harían el negocio muy fielmente. Le gustó a Avery la proposición, pues no veía otro medio de efectuar la transacción, ya que él no podía aparecer; así que regresó su amigo a Bristol, comunicó la cuestión a los mercaderes y estos hicieron a Avery una visita a Biddeford, donde, tras algunas protestas de honor e integridad, les entregó su mercancía, consistente en diamantes y algunas vasijas de oro; ellos le dieron algún dinero para su presente subsistencia y se despidieron.

Cambió de nombre y vivió en Biddeford, sin dejarse ver mucho, así que no llamó grandemente la atención; sin embargo, hizo saber a uno o dos parientes suyos dónde estaba, los cuales vinieron a verle. Al poco tiempo se le acabó el dinero, y aunque no había tenido noticia de sus mercaderes, les escribió a menudo y, tras mucha insistencia, le enviaron una pequeña cantidad, apenas suficiente para pagar sus deudas: en conclusión, las cantidades que le enviaban de tiempo en tiempo eran tan exiguas, que no bastaban para pan; e incluso no se las mandaban si no era con grandes molestias e insistencias por su parte; así que, cansado de esta vida, fue en secreto a Bristol para hablar personalmente con los mercaderes,

donde, en vez de dinero, se encontró con la más hiriente repulsa; pues cuando les pidió llegar a un acuerdo, le hicieron callar, amenazándolo con descubrirlo; de este modo, nuestros mercaderes fueron tan piratas en tierra como él lo había sido en la mar.

Si se asustó ante estas amenazas, o si vio a alguien que podía reconocerle, es cosa que se desconoce; pero se marchó inmediatamente a Irlanda, y desde aquí solicitó a sus mercaderes, con mucha insistencia, algún dinero, aunque sin resultado, viéndose reducido incluso a la mendicidad: en estos extremos, decidió volver y arrojarse sobre ellos, pasara lo que pasase. Embarcó a bordo de un mercante y trabajó para ganarse el pasaje a Plymouth, donde a los pocos días cayó enfermo y murió, no encontraron ni para el ataúd.

He consignado cuanto puede recogerse con alguna certeza sobre este hombre, rechazando los cuentos de viejas que se inventaron en torno a su fantástica grandeza, por lo que parece que sus acciones fueron más insignificantes que las de otros piratas anteriores a él, aunque dio más que hablar en el mundo.

Ahora retrocederemos y daremos a nuestros lectores alguna cuenta de lo que fue de las dos balandras.

Hemos aludido a la rabia y confusión que debió de embargarles al darse cuenta de la desaparición de Avery; sin embargo, siguieron su rumbo, algunos haciéndose ilusiones aún de que se habría desviado durante la noche y que le encontraron en el lugar de reunión; pero cuando llegaron allí y no pudieron tener noticias de él, perdieron toda esperanza; fue el momento de considerar qué harían, con sus provisiones casi agotadas y, aunque había arroz y pescado y podían conseguir aves de corral en tierra, estas no podían guardarse a bordo si no eran convenientemente curadas con sal, lo que no tenían oportunidad de hacer; así que, como no podían volver a efectuar un viaje, les llegó el momento de pensar en establecerse en tierra, para cuyo fin cogieron todas las cosas de las balandras, hicieron tiendas de las velas y acamparon, teniendo gran cantidad de munición y abundancia de armas pequeñas.

Aquí se encontraron con varios compatriotas suyos, la tripulación de una balandra corsaria que estaba mandada por el capitán Tew y, ya que se trata de una muy breve digresión, daremos cuenta de cómo habían llegado aquí.

El capitán George Dew y el capitán Thomas Tew habían recibido comisiones del entonces gobernador de la isla de Bermudas de dirigirse directamente al río Gambia, en África; allí, con el consejo y asistencia de los agentes de la Royal African Company, intentaron tomar la factoría francesa de Goorie (Goree), situada en esa costa. A los pocos días de zarpar, Dew tuvo la mala fortuna, no solo de que se le rindiera el palo, sino de perder de vista a su consorte; con que regresó a reparar, y Tew, en vez de proseguir su viaje, se dirigió al Cabo de Buena Esperanza y, doblando dicho cabo, puso rumbo a los estrechos de Babel Mandel (Bab el Mandel), que forman la entrada del mar Rojo. Aquí avistó un gran barco, ricamente cargado, que de las Indias iba con destino a Arabia, con trescientos soldados a bordo, además de los marineros; no obstante, Tew tuvo ocasión de abordarlo, y no tardó en apoderarse de él; y se dice que por esta presa se repartieron sus hombres cerca de tres mil libras cada uno: por los prisioneros tuvieron noticia de otros cinco ricos barcos que pasarían por allí, a los que Tew habría querido atacar aunque eran muy fuertes, de no haberse impuesto el cabo de mar y los demás... Esta diferencia de opinión creó cierta tensión entre ellos, por lo que decidieron abandonar la piratería, y ningún lugar

era más apropiado para acogerlo que Madagascar; se dirigieron allí, resolviendo vivir en tierra y disfrutar de cuanto tenían.

En cuanto al propio Tew, él, juntamente con unos cuantos más, llegaron en poco tiempo a Rhode Island, y a partir de entonces vivió en paz.

Así, hemos dado cuenta de la compañía con la que nuestros piratas se encontraron aquí.

Debe observarse que los nativos de Madagascar son una clase de negros que difiere de la de Guinea en el pelo, que es largo, y su piel no es de un negro tan puro; tienen infinidad de pequeños príncipes, los cuales están guerreando continuamente entre sí; a los prisioneros los hacen esclavos y, o bien los venden, o los matan, según prefieran. Cuando nuestros piratas se asentaron por primera vez entre ellos, su alianza fue muy solicitada por parte de estos príncipes, de modo que unas veces se aliaban con uno y otras con otro, pero cualquiera que fuese el lado al que se inclinaban, estaban seguros de salir victoriosos; pues los negros aquí no tenían armas de fuego, ni entendían su uso; de manera que al final estos piratas se volvieron tan terribles para los negros que, en

cuanto aparecían dos o tres tan solo en una parte, al ir a entrar en combate, el bando opuesto huía sin haber atacado una sola vez.

Por este medio no solo llegaron a ser temidos, sino poderosos; a todos los prisioneros de guerra que cogían los hacían sus esclavos; se casaron con las mujeres más hermosas de los negros, no con una o dos, sino con cuantas desearon; de manera que cada uno de ellos tenía un serrallo tan numeroso como el gran señor de Constantinopla: a los esclavos los empleaban en plantar arroz, pescar, cazar, etc.; además de estos, había otros muchos que vivían, por así decir, bajo su protección y para estar a cubierto de los ataques de sus poderosos vecinos; estos parecían rendirles un franco homenaje. Luego empezaron a separarse unos de otros, viviendo con sus propias esposas, esclavos y protegidos, como príncipes independientes; y como el poder y la abundancia engendran naturalmente belicosidad, a veces disputaban entre sí, y se atacaban unos a otros, a la cabeza de sus diversos ejércitos, y en estas guerras civiles murieron varios de ellos. Pero sucedió un accidente que les obligó a unirse otra vez por su mutua seguridad.

Debe tenerse en cuenta que estos repentinos grandes señores habían utilizado su poder como tiranos, pues se volvieron propensos a la crueldad, y era corriente que, por el más ligero disgusto, ordenaran atar a uno de sus protegidos a un árbol y pegarle un tiro en el corazón; ya fuera su crimen grande o pequeño, este era invariablemente el castigo; así que los negros se confabularon para librarse de sus destructores una noche, y como ahora vivían separados, la empresa podía haberse llevado a cabo con facilidad de no ser porque una mujer, que había sido esposa o concubina de uno de ellos, recorrió casi veinte millas en tres horas para revelarles el plan: inmediatamente alertados, corrieron a reunirse todo lo deprisa que fueron capaces, de forma que cuando los negros se aproximaron, les encontraron a todos ellos armados; así que se retiraron sin intentar nada.

Este lance les volvió muy precavidos a partir de entonces, y vale la pena describir la astucia de estos brutales individuos y las medidas que adoptaron para protegerse.

Descubrieron que el miedo a su poder no podía defenderlos contra las sorpresas, y que hasta el hombre

más valeroso podía morir, cuando estaba dormido, a manos de otro muy inferior a él en fuerza y bravura; por tanto, como primera medida de seguridad, debían fomentar la guerra entre sus vecinos negros, permaneciendo neutrales ellos mismos, por cuyo medio, los vencidos corrían a ellos constantemente en busca de protección, puesto que de lo contrario podrían morir o verse reducidos a la esclavitud. Fortalecieron su grupo, y los unieron a ellos por el interés; cuando no había guerra, se las ingeniaban para suscitar privadas desavenencias entre ellos, y en cada pequeña disputa o disensión, empujar a una u otra parte a la venganza; les enseñaron cómo atacar o sorprender a sus adversarios, y les prestaron pistolas cargadas o fusiles con que eliminarlos; la consecuencia de esto era que el homicida se veía obligado a acudir a ellos en busca de seguridad, con sus esposas, hijos y parentela.

Estas gentes eran amigos fíeles, ya que sus vidas dependían de la seguridad de sus protectores; pues como hemos dicho antes, nuestros piratas se habían vuelto tan terribles que ninguno de sus vecinos tenía la suficiente resolución como para atacarles en guerra abierta.

Merced a las argucias de este género, en espacio de unos años, el número de sus gentes se incrementó enormemente; entonces empezaron a separarse, y a irse a mayores distancias unos de otros por la conveniencia de más amplio espacio, y se dividieron como los judíos, en tribus, llevándose cada uno a sus esposas e hijos (pues contaban ya con una numerosa familia), como también su contingente de protegidos y seguidores. Y si el poder y el mando es algo que distingue a un príncipe, estos rufianes tenían todos los distintivos de la realeza, y aún más, les asaltaban los mismos temores que continuamente inquietan a los tiranos, como puede verse por la extrema precaución que adoptaron al fortificar los lugares donde habitaban.

En este plan de fortificación se imitaron unos a otros, siendo sus viviendas más bien ciudadelas que casas; eligieron un paraje cubierto del bosque, y situado cerca de un río; construyeron un terraplén o zanja profunda alrededor, tan recta y alta, que era imposible escalarla, especialmente por aquellos que no contaran con escalas de mano; sobre esta zanja había una pasarela que comunicaba con el bosque; la vivienda, que era una choza, estaba construida en la parte del bosque que el príncipe

que la habitaba consideraba idónea, pero tan cubierta que no podía verse hasta que se llegaba a ella; pero la más grande astucia estaba en el pasillo que conducía a la choza, el cual era tan estrecho que no podía avanzar por él más de una persona, y estaba trazado de manera tan intrincada que formaba un perfecto laberinto, dando vueltas y más vueltas, con varios cruces de senderos, de modo que una persona que no estuviera familiarizada con el camino, podía pasarse varias horas nadando y recorriendo dichos senderos sin lograr descubrir la cabaña; además, en ambos lados de estos estrechos senderos habían clavado en el suelo grandes espinos que crecen en un árbol de ese país, con las puntas hacia arriba, y siendo el sendero tortuoso y serpeante, si un hombre intentaba aproximarse a la choza por la noche, se habría clavado uno de estos espinos, aunque hubiese contado con la clave que Ariadna dio a Teseo cuando este entró en la caverna del Minotauro.

Así es como vivía el tirano, temeroso de todos y temido por todos, y en esta situación les encontró el capitán Woodes Rogers, cuando fue a Madagascar en el Delicia, barco de cuarenta cañones, con objeto de comprar esclavos para venderlos a los holandeses de

Batavia o Nueva Holanda. Sucedió que tocó en una parte de la isla donde hacía siete u ocho años que no se veía un barco, y encontró a algunos de los piratas, de los que once quedaban vivos, quienes por entonces hacía más de veinticinco años que estaban en la isla, teniendo una numerosa y variada progenie de hijos y nietos que descendían de ellos.

Al ver por primera vez un barco de esta fuerza y tonelaje, supusieron que se trataba de un buque de guerra enviado para detenerles; así que se ocultaron en sus fortalezas; pero cuando llegaron a tierra algunos del barco, y no mostraron hostilidad, y solicitaron comerciar con los negros, se atrevieron a salir de sus agujeros, escoltados como príncipes, y puesto que realmente eran reyes de fado, que es una especie de derecho, debemos hablar de ellos como tales.

Dado que hacía tantos años que estaban en esta isla, es de imaginar que sus ropas se habían estropeado hacía mucho tiempo, de modo que sus majestades iban extremadamente desastrosos; no puedo decir que andrajosas, ya que no llevaban ropas, y no tenían para cubrirse más que pieles de animales sin curtir, aunque

con todo su pelo, ni zapatos o calzas, de forma que parecían otras tantas imágenes de Hércules con la piel del león, y dado que tenían la barba muy crecida, y el pelo sobre sus cuerpos, parecían las más salvajes figuras que la imaginación de un hombre es capaz de representar.

Sin embargo, no tardaron en ataviarse, pues vendieron a gran número de esas pobres gentes que tenían bajo su dominio por ropas, cuchillos, sierras, pólvora y balas, y otras muchas cosas, y llegaron a tomarse tanta familiaridad que subieron a bordo del Delicia, y se observó que eran muy curiosos, examinando el interior del barco, logrando mucha confianza con los hombres, a los que invitaron a bajar a tierra. Su propósito con todo esto, como confesaron más tarde, era comprobar si resultaba factible sorprender el barco por la noche, cosa que juzgaron muy fácil, en caso de que se mantuviese poca guardia a bordo, ya que tenían botes y hombres suficientes a sus órdenes; pero, al parecer, el capitán estaba al corriente de quiénes eran, y montó una vigilancia tan estrecha en cubierta que consideraron inútil todo intento; así que, cuando algunos de la tripulación bajaron a tierra, decidieron persuadirlos e inducirles a una conjura para apoderarse del capitán y encerrar al resto de los hombres

bajo cubierta cuando entrasen ellos de guardia durante la noche, prometiendo que a una señal subirán a bordo y se unirían a ellos; les propusieron, si lo conseguían, piratear juntos, con la seguridad de que con un barco así podrían adueñarse de cuanto se toparon en la mar; pero el capitán, al observar la creciente intimidad entre ellos y algunos de sus hombres, pensó que de ello no podía salir nada bueno; conque la atajó a tiempo, no consintiéndolos que siguieran hablando, y cuando envió un bote a tierra con un oficial a tratar con ellos sobre la venta de esclavos, la tripulación permaneció a bordo del bote, y no se permitió que ningún hombre hablara con ellos, sino la persona delegada a tal propósito.

Antes de zarpar, y viendo que no podían hacer nada, confesaron todos los planes que habían urdido contra él. Así, les dejó como los había encontrado, en medio de su sucia dignidad y realeza, aunque con menos súbditos que antes, al haber vendido a muchos, como ya hemos dicho, y si la ambición es la pasión favorita de los hombres, no hay duda de que fueron felices. Uno de estos grandes príncipes había sido antes barquero en el Támesis, donde tras haber cometido un homicidio, escapó a las Antillas, y fue uno de los que huyeron en las balandras; los demás

habían sido todos hombres de cubierta, y no había entre ellos uno solo que supiese leer y escribir; por otra parte, sus secretarios de estado no tenían más instrucción que ellos. Esto es todo lo que puedo facilitar de estos reyes de Madagascar, algunos de los cuales aún puede que sigan reinando hoy.

“Cuenta la historia que Hind, aquel famoso asaltante y proscripto, el más renombrado desde Robin Hood, encontró un espectro en el camino de un lugar llamado Stangatehole, en Huntingdonshire, donde él acostumbraba a cometer sus robos y era famoso desde entonces por sus muchos asaltos...

Colección
Lima Lee

